REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | San José de Costa Rica, Lunes 12 de Febrero de 1923 | No. 22

¿Raza o cultura?

La defensa de la raza

Por A. MASFERRER

I

No hay tema sobre que más se escriba en Hispano-américa, que este de la defensa de la raza. Los escritores más notables del Continente indo-hispánico, tales como Enrique José Varona, Leopoldo Lugones, Sanín Cano, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, otros varios, abordan constantemente de propósito o por incidencia, el tema favorito. El «Repertorio Americano» de Costa Rica, que ha llegado a ser el vocero intelectual de América, ha concretado en una serie de preguntas los diversos aspectos de la cuestión, y de todas partes le envían respuestas a cual más interesante e instructiva.

He aquí el cuestionario, ya famoso, a que nos referimos:

1ª ¿Cree usted que la enseñanza debe unificarse, con *determinados propósitos raciales*, en los países *latinos* de nuestra América?

2ª ¿Cree usted, asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª Estima usted conveniente que se haga un *gran esfuerzo*, por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, *con propósitos diplomáticos defensivos?*

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios *nacionalizadores* aconseja usted a la intelectualidad de América?

6ª Estima usted prudente que nuestra América Latina, *tome una actitud determinada* en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, *ante el caso de los Estados Unidos de América?*»

Las palabras que hemos subrayado, no aparecen así en el Cuestionario; pero si no lo fueron gráficamente, lo fueron en la intención, y con tal espíritu deben leerse, pues ellas resumen, en verdad, lo que se pretende averiguar.

Si se pone atención en nuestra literatura periodística y en la lírica belicosa y patrioteril—tan fecunda en Hispano-américa,—se advertirá que apenas hay un día sin un artículo, una arenga, una oda, un soneto, dedicados a celebrar los *méritos de la raza*, a *la defensa de la raza*, *al porvenir de la raza;* en los cuales, velada o manifiestamente, se alude siempre a los Estados Unidos del Norte. Los gobiernos y los municipios, contribuyen cada año, el doce de octubre, con discursos, salvas de artillería y copas de champaña, a dar firmeza, amplitud, relieve y esplendor, a este prestigio de la *raza*, ídolo ya continental.

Todo ello junto, festejos, literatura y diarismo, oratoria y encuestas, revela una general, constante y honda preocupación acerca del hoy, y, sobre todo, del *mañana* de la *raza;* un mañana terriblemente próximo para las naciones situadas en las orillas del Caribe; pero no menos real aunque tardío, para las que bordea las Costas del Pacífico y del Atlántico del Sur.

Formulando en términos llanos e irrespetuosas las preguntas científicas del «Repertorio Americano», las alusiones de los oradores y de los periodistas y el champaña oficial del 12 de octubre, traduciríamos así la preocupación de estos pueblos: «¿Qué haremos para que los Estados Unidos del Norte no sigan metiéndonos con tanta gula y rapidez en sus anchurosos bolsillos? Y, si es posible, ¿qué haremos para que suspendan el embolsamiento, y aun para que devuelvan lo que ya tienen embolsado?»

Esta grosera fórmula que apuntamos, grosera y todo, tiene la ventaja considerable de ser clara. Siempre que se plantee una cuestión con verdadero empeño de resolverla, con anhelo de ver en ella honda y totalmente, lo más eficaz será plantearla así, con entera claridad. De lo contrario, no se le hallará solución, y si la hubiere, será una solución transitoria o deficiente.

Conste, pues, que la fórmula escueta e irreverente que proponemos como expresión exacta del temor general, es nuestra mejor contribución—acaso la única—al estudio del inquietante problema, Que otros lo resuelvan; a nuestra incapacidad déjesele únicamente la tarea de expresar franca e íntegramente lo que recelamos y lo que buscamos.

En nuestro sentir, esta palabra *raza*, sobre la cual se hace descansar todo el andamiaje de nuestro patriotismo indo americano, es, en este caso, una mera suposición; una palabra sin sentido real. Edificando sobre ella nuestras construcciones defensivas, no edificaremos nada sólido. Pues el problema, según nosotros lo entendemos, *no es de raza, sino de cultura;* porque si la America Latina (usemos este falso nombre) se viene desmoronando y cayendo a pedazos, *grotescamente*, en los bolsillos insondables del angloamericano, no es, ciertamente, porque en ella predominen esta o la otra raza, ni porque nadie intente destruir o alterar sus caracteres raciales, sino porque no tiene, porque *no ha sabido crearse una cultura propia, original y elevada, que justifique su existencia como elemento de valía en el concierto de las naciones; porque no aspira, con fuerza e insistencia, a ser la expresión de una nueva forma de vida;* en fin, porque su preocupación y su oficio, hasta hoy,—salvo raros momentos y raros países,—en vez de *crear*, ha sido *copiar* y *caricaturar*. Espiritualmente, la América Latina casi no tiene razón de ser; no porque carezca de una misión, pues justamente la suya era la más elevada, trascendental y generosa, sino porque no ha sabido comprenderla; porque en vez de ser un elemento *creador de porvenir*, se ha revelado, se está definiendo como un elemento *conservador del pasado*, en la más triste y repulsiva forma: que es copiar y asimilarse todo lo que, siendo enantes vida y gracia en otras civilizaciones, ahora y para nosotros, no es ni puede ser otra cosa sino herrumbre, mohosidad y carcoma.

La tesis de *defender la raza*, nos sugiere inmediatamente estas dos preguntas: ¿Cuál raza? ¿Defenderla de quién? ¿Habrá que defenderla de los Estados Unidos, de aquella nación

que tiene ya *en su seno más de diez millones de negros*, y que no sólo no ha procurado exterminarlos o deprimirlos, sino que, a pesar de todas sus repugnancias, cada día les abre nuevos y más amplios y más cordiales caminos que les lleven a la ciudadanía y a la cultura? En verdad, no hay en el mundo, en este momento, nación que menos piense en destruir u oprimir a gentes de otras razas—*por ser de otras razas*,—que aquella que se formó y engrandeció, y sigue todavía engrandeciéndose, merced a su decidido cosmopolitismo racial; a su temprana y feliz intuición de que en el contacto y la fusión de todas las razas, había la promesa segura de una extraordinaria valiosidad espiritual y física. Ahora mismo, cuando ya la nación angloamericana comienza a sentirse estrecha en sus límites, no restringe la inmigración por causas raciales, sino, meramente, por razones económicas y de cultura. Harto sabido es que la exclusión de japoneses y de chinos, no provino de repugnancias de sangre, sino, exclusivamente, de que los naturales de aquellas naciones—habilísimos y muy sobrios trabajadores,—harían bajar considerablemente el salario usual que devengan los trabajadores norteamericanos, y a causa de ello, *el tipo de vida económico y social* creado por los Estados Unidos (por cierto un tipo de vida muy superior al europeo) se trastornaría y se arruinaría.

(*El Día*, San Salvador).

El centenario íntimo de Pasteur

[En carta privada nos dice el Sr. Picado: «Le envío, sin más tardar, la impresión que he tenido de la fiesta de Pasteur íntima. Allí llegaron sólo los familiares y los hijos de la casa y fué suerte que pudiera asistir yo.

»Otra cosa que de seguro le alegrará es la siguiente: Weinberg, el director del laboratorio en que yo trabajé en el Instituto, me recibió hablándome en correcto español, que aprendió en estos últimos años; le regalé entonces el único librito de Pasteur y Metchnikoff que yo traía; le gustó mucho y le hizo propaganda en el Instituto. Me han pedido algunos ejemplares que quieren llevar a Rusia y España y dicen que se duelen que no haya sido escrito en una lengua «más internacional». Me dijeron que harían lo posible por hacerlo conocer y, tal vez, lo traduzcan al ruso. Fué un éxito que no esperaba. Presenté ya una nota a la Sociedad de Biología y espero presentar otras varias en el trancurso de estos meses. ¿No tiene Ud. unos pocos ejemplares del librito que pudiera enviarme?

»Todo aquí es mucho más difícil que antes: es la invasión de los bárbaros!....—C. Picado T.»]

Son las 12 de la noche; hoy fenece el día en que vió la luz el más grande hombre cuyo centenario haya jamás la humanidad festejado. Las campanas de Dole sonaron a partir del alba, pasando de campanario en campanario su tañido alegre, que suena como una nueva navidad; atravesaron las montañas del Jura para llevar a Arbois la buena nueva. París, el frívolo París, no hizo de esta vez gala de esplendor fatuo e inconsciente. Pocos tuvimos el gusto de sentir en la casa del maestro bueno y generoso el hálito de veneración con que la ciencia lo celebra.

El Instituto Pasteur vistió de gala, es decir, vistió los nobles pensamientos con la palabra elocuente de los delegados de todas las asociaciones científicas que Pasteur iluminó con su genio.

Allí Roux, su fiel discípulo, nos contó cómo todo lo bueno hecho en nuestros tiempos actuales, en materia de ciencia, fué llevado a cabo por aquellos que siguieron las enseñanzas de Pasteur. Roux aprendió del maestro a ser humilde y al trazar la obra de los discípulos, casi apenas tuvo una palabra para sí.

Doumic, representante de la Academia Francesa, recordó con orgullo el haber sido él, joven estudiante de la Escuela Normal, quien llevara un voto de salud el día de su fiesta al gran maestro, que frío para las gentes calculistas, se mostraba tierno como niño a la sinceridad de sus hijos predilectos: los que buscan la verdad.

Achard, secretario general de la Academia de Medicina, nos hace recuerdos de la mala acogida que recibió Pasteur en el medio médico de su época, disgustos, disputas, molestias y sin fin de sinsabores. Termina su discurso diciendo: «Oh! Pasteur, cómo hoy, el día de tu centenario, nos pesa vuestra venganza de un siglo!»

Picard, presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Escuela Normal Superior, nos recuerda una de las más grandes glorias que puedan atribuirse a hombre alguno: Pasteur no quería estar solo, necesitaba comunicar su fe, su intuición y su genio a muchas gentes; es así como reune a su vez una pléyade de jóvenes en cuyo corazón vibraba esa cuerda íntima y recóndita que es la emoción de saber, de encontrar, de poder leer en los rayos de la luz y en el fondo de oscuros vasos un motivo de nuevas ideas, de renovación en nuestros conocimientos. Nos recuerda Picard el sentido que Pasteur daba a la ciencia: Para unos es simplemente la verdad escueta, que haga bien o que haga mal, todo es uno, todo es ciencia; para Pasteur el concepto de ciencia debía ir unido a la idea de bien; un sabio que no ofrezca a la vez su cerebro y su corazón no es un sabio en el sentido pasteuriano. Nos recuerda que fué Pasteur uno de los fundadores de una sociedad para socorrer a los sabios necesitados o a sus familiares en desgracia.

Hubo más discursos. El Presidente de Francia asistió sin honores oficiales a la fiesta íntima; pero las palabras que he escrito son para mí el símbolo de la fiesta del 27 de diciembre de 1922.

No había ninguna invitación oficial y si pude asistir, fué porque con la generosidad que caracteriza a los que valen más sobre la tierra, se me dijo: Ud. irá porque moralmente pertenece al Instituto Pasteur. Debemos, compatriotas, agradecer el honor, y no olvidarlo por si algún día podamos obedecer a los deseos de Pasteur: «Que la ciencia se una al bien, que nuestra patria y nuestros semejantes sean los primeros; luego, lo demás».

C. Picado T.

París, 27 de diciembre 1922.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, Costa Rica, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

De los libros que nos llegan

(Indice)

[Eduardo Barrios.—*El hermano asno*. (Novela). Santiago de Chile, 1922; pp., 240]

Chile tiene excelentes escritores. Entre ellos, a Eduardo Barrios, el autor de la novela «*Un Perdido*»; con la que ha ganado renombre continental americano. En el teatro descuella también Barrios. Ahora nos remite su última novela. «*El hermano asno*». Al cuerpo lo llamaba «asno» San Francisco, y así lo recuerda Fray Rufino, el santo del convento franciscano en que la novela trascurre. Recordemos, de paso, que nuestro don Mauro Fernández llamaba al cuerpo «la bestia». En forma de diario refiere con habilidad suma Fray Lázaro los sucesos. «*El hermano asno*» de Barrios y «*Alsino*» de Pedro Prado, son dos libros extraordinarios con que el ingenio de Chile ha contribuido al ornato y orgullo de las letras americanas contemporáneas. Al anunciarnos «*El hermano asno*», ya nos decía con razón Gabriela Mistral:

«Le envía Eduardo Barrios su bello libro último, que yo leí con orgullo: empezamos a hacer prosa fina, sólo ahora».

Y es todo un símbolo la novela de Barrios. Porque ahí vamos: haciendo lo posible por aliviarnos esta carga del «hermano asno».

Júzguese del «ambiente» de la obra, del estilo, muy notable, de Barrios en esta novela, por los fragmentos que luego trascribimos.

Vuelvo de hacer mi clase de Historia Franciscana a los novicios y encuentro aseada mi celda.

No me sorprende: Fray Rufino me tiene habituado a este regalo matinal. Se siente unido a mí como a nadie en el Convento, porque ambos permanecemos sin ordenar. Nos quedamos diáconos; yo, por los escrúpulos acerca de mi pasado mundano y pecador y por la vacilante depuración de mi alma; él, porque a causa de su vivir penitente no pudo concluir los estudios.

La mañana está fresca, centelleante y pura, como la voz de un pájaro. He abierto mi ventana y mis puertas de par en par, y entran olores jóvenes que aspiro hasta el fondo de mis entrañas.

No tengo nada que hacer, ningún sentimiento en el pecho. En nada pienso. Nada deseo. Veo limpio el aire... los aires, hasta el azul; limpio el jardín, donde todo luce niño y ligero; limpia mi celda; y están limpios mis sentidos, mi conciencia y mi sensibilidad.

De modo que soy feliz.

Esto es la felicidad, Señor, una limpieza de fuera y dentro, y sentir el alma fresca y transparente, hecha un cristal muy fino al cual llegan suavemente sensaciones suaves, semejantes a seres simpáticos que se nos aparecen sin que los esperemos y con el rostro sonriente y claro.

Me voy. El huerto llama en momentos así. Quiero andar, cubrirme de luz bajo este sol benigno, y llevar pegada a mis sandalias tierra oscura y esponjada, y asomarme al pozo y ver su fondo que copia el cielo como un alma inocente, humilde y silenciosa.

Fuí.

No hay olor a flores, en el huerto; hay un olor verde, a legumbres vivas.

Metiéndome por la hortaliza, me he sentado entre las coles y he acariciado largo rato un repollo gris, y luciente como si le hubiesen plateado, un repollo duro, hinchado, con la vida de un cuerpo.

Todo entraba nuevo por mis sentidos limpios y ávidos.

Fray Bernardo ha colgado en el marco de su puerta una jaula de cañas donde un jilguero salta.

Una paloma muy blanca bajó del olivo viejo, se posó en el brocal del pozo y se puso a beber el agua estancada en los maderos carcomidos, sin cuidarse de que el hermano Juan subía el cubo para llenar una escudilla de greda.

Por fin, me pongo de pie, abro las manos, cierro los ojos y levanto al cielo la cara; y el sol resbala su tibieza entre mis dedos, la derrama por mis facciones inmóviles, pasa a través de mis párpados y toma posesión de mis venas como una divinidad del bienestar.

Comprendo, Señor, el placer que tu Divina Clemencia reservó a los ciegos.

De pronto he abierto instintivamente los ojos, y he visto a mi lado al hermano Juan. Traía el cántaro de greda lleno y le he pedido de beber.

Señor, el agua delgada y casta entró por mi boca, bañó mi pecho y llegó hasta mi corazón.

—¿No sabe, Padre Lázaro?—me ha dicho después el hermano Juan.—Un milagro. ¡Un verdadero milagro! Fray Rufino... lo acabamos de ver... pone un plato de sobras en su celda y se juntan a comer allí, como grandes amigos, los gatos y los ratones.

—¿De veras? ¡Alabado sea Dios, hermano!

He debido exagerar mi asombro. Con perentorio pestañeo y cándido enarcamiento de cejas, los ojillos celestes del buen hermano Juan me lo exigían.

—De veras, Padre. ¿Y qué se imagina usted que dijo al vernos tan edificados y temblando? Que no era nada, que hacía un siglo, en Lima, lo había conseguido ya un beato domínico, y que él solo había pedido al beato su intercesión a fin de obtener para nuestro Convento igual merced. ¡Mire que decir que no era nada!... ¡Un milagro! Así le porfiábamos nosotros. ¡Un milagro! Y él entonces se ha confundido y nos ha recomendado mucho que nos callemos.

—Pero ustedes ya se lo tendrán contado a la comunidad entera, seguramente.

—En alabanza de Nuestro Señor Jesucristo se han de contar siempre estas cosas. Que las sepa el siglo. Ah, pero hay más todavía: les hablaba, mientras ellos comían. ¡Les hablaba a los ratones y a los gatos, Padre Lázaro! Si me parecía estar oyendo leer las Florecillas, cuando Nuestro Padre San Francisco les habló a los pájaros. «En adelante, les decía, no van a ser enemigos, que es contrario al amor de Dios el que sus criaturas se odien y se devoren las unas a las otras». ¿No es un santo? Y con las plantas tiene la misma piedad. ¿Ve, Padre, ese vástago que apuntala el jazmín? Pues señor, él vió el otro día que brotaba y que medio lo habían tronchado, y le amarró esas tablillas y le pegó esas champitas de barro para que se curase. Sabe Dios qué milagro nos resultará de ahí también.

Sí, hermano Juan, toda esta mañana fué un milagro.

Los donados han cogido una lechuza en la torre y la tienen ahora encaramada sobre una viga del claustrillo. Esta tarde acudimos varios frailes a verla.

Y he aquí que en emedio del regocijo y la broma, Fray Elías me lanza una sandez.

Como es un fraile sin ensueños, sin pasado, sin escrúpulos, ignora cómo se languidece por ansias del alma, qué durable tortura dejan algunos actos en la conciencia y cuántas horas hay durante las cuales quema el sayal como un nuevo error cometido.

De suerte que ha podido comparar la lechuza con «las almas que se roen a sí mismas en la sombra»; y ha podido también, cuando le he replicado, decirme con airecillo de aburrida sorna:

—Déjese de tonterías, hermano. Se entra en el sayal en definitiva, y se canta misa, y se sirve a Dios con sencillez, con alegría, con fuerza, como un hombre.

Luego se ha puesto a recordar a Nuestro Padre. Que si la parábola de la alegría perfecta, que si llamó a la melancolía «la enfermedad de Babilonia»...

Y esto me ha enfadado. No era para tanto, sin duda. Pero es que al hablarme bajaba sus ojos irónicos, fijándolos en los dedos de mis pies, cosa que me pone siempre muy nervioso, y acaso por esto tuve poca paciencia y lo traté mal.

¡En fin! Como en todas partes, no falta en el Convento algún mal rato. Pero Dios también rompe el suelo antes de arrojar la semilla; y así, es en los malos ratos cuando a menudo siembra sus mejores enseñanzas: ¿no me ha servido este disgusto para descubrir a Fray Bernardo el aspecto más angélico de su alma?

Al ver mi violencia, le ha citado a Fray Elías, muy dulcemente, estas palabras de Nuestro Padre de Asís: «A nadie, sin ser probado por tentaciones y tormentos, le será dable llamarse verdadero siervo de Dios; pues las tentaciones y los tormentos, vencidos funden el anillo con que se desposa Nuestro Señor con el alma de su siervo». Y luego, cogiéndome por la manga, me ha llevado consigo, hasta el claustro de San Diego, donde hemos hablado del amor a nuestros hermanos en Jesucristo.

Fray Bernarno tiene un rostro de sesenta años apacibles, todo sonrosado por venillas, y un cerquillo muy blanco abarcando la tonsura calva, y unos ojos claros que esconden su bondad temblorosa tras unas gafas azules.

Y este dulce viejecito ama a los hombres. ¿Cómo, por qué los ama? Porque los ve niños. Usa para ello un procedimiento: mira sus rostros con la imaginación, no con los ojos; evoca los semblantes que a los diez años debieron tener; y las facciones, retrotraídas a la infancia, para él se refrescan entonces, se hacen de nuevo tiernas, débiles y mueven al amor.

¡Caritas infantiles, buenas caritas de diez años, cuán inofensiva debéis aparecer al otro lado de las gafas azules con que el dulce viejecito os mira! Todas. Porque todas, aun la vuestra, mujer pervertida, y la tuya, hombre amargado e irascible, mostraréis entonces, supuesto al semblante adulto de hoy, aquel otro de ayer, aquel que las manos de una madre acariciaron y que seguramente más de una vez castigó también alguna palma endurecida e injusta.

De tal modo, Fray Bernardo siente hacia a los hombres un amor casi maternal; así, Fray Bernardo es un corazón que comprende, lo cual es más que un cerebro que comprende, y un corazón que mide cuán indefensos permanecemos la vida entera en medio de la gran Naturaleza.

Por eso además, habla este viejecito como habla, henchiéndose de una ternura aguda, de una de esas ternuras que llegan a sentirse como un dolor.

Evoco sus palabras:

«Si maravilla, Fray Lázaro, la infinita candidez de los hombres. Las más de las veces, actúan como criaturas inocentes, tan irresponsables de sus faltas como de sus buenas acciones. Obsérvelos. No precisa siquiera el esfuerzo mental de cambiar sus rostros. Continúan niños en sus afanes. Caminan de aquí para allá, sin cesar se mueven, realizan mil cosas encantadoramente inútiles; muchos se suponen trabajando y no hacen sino jugar al trabajo, o a lo más, satisfacer necesidades superfluas que ellos mismos se crearon; y todo esto, por un exceso de vida que Dios les dió y ellos necesitan gastar. Hablan del día a la noche, repitiendo ideas caseras, pequeñitas, vestidas con palabras igualmente reducidas y domésticas, ideas y palabras que aprendieron a otros que a su turno las adoptaron por simple espíritu de imitación. O bien, analizan, con la misma seriedad ingenua y curiosa con que desarmábamos cuando chicos el reloj de nuestro abuelo... para no saber reconstruirlo después. En ocasiones, ¡cómo inventan!, ¡cuántas tonterías inventan!, a las cuales dan hasta trascendencia filosófica en sus sueños pueriles. Yo recuerdo las maquinillas que inventaba en mi niñez, con lápices de pizarra, carretes de hilo, cajas de fósforos. ¡Oh, podían servir para muchas cosas! Y para nada servían. Y a cada paso pelean, por futilezas y caprichos, y se pegan, y se reconcilian como colegiales, como lo que son. Por último, en las noches se acuestan cansados: los ha rendido una ineficacia que no entienden. Pero Dios les envía la noche. La noche, como la penumbra de un regazo, los acoge, los cubre y los aduerme. Tienen, además, lo triste: se enferman y padecen desgracias que no sé por qué hayan merecido; y algunos las sufren con tanta debilidad, que nos arrancan las más conmovidas plegarias. ¿Cómo, Señor, a Vos Todopoderoso, ellos tan pequeñitos pueden haberos ofendido? Este hombre, esta mujer, aquel otro, aquel niño enfermo ¿qué han podido haceros? Y esos pobres que por las mañanas mendigan en nuestra portería: se acaban de levantar y ya están cansados. ¿Por qué la existencia para ellos se arrastra como un cansancio largo? *¡Fiat voluntas tua!*... Pues ¿y cuando ejecutan algo bueno? Tan poca responsabilidad suele haber entonces de su parte, que nuestra exclamación lleva mucho de lástima: ¡Pobre, qué bueno es!, decimos.

—Cierto—he agregado yo aquí.—Porque los compañeros del Pobrecillo de Asís, y él mismo, ¿qué eran sino niños en la más pura simplicidad?

Pero Fray Bernardo ha sabido responderme. Ha levantado un índice hasta la altura de sus gafas, me ha mirado por encima de los cristales y, blandiendo el dedo en advertencia, me ha dicho:

—Sí, niños simples; pero lea bien las Florecillas: hacen una simpleza, o la dicen, y se siente en sus corazones al Cristo vivo.

¡El Cristo vivo!. Sentí ganas de gritar.

Fué un instante. Después...

¡Dios mío, se analiza! Se analiza... y al cabo lleva la razón Fray Bernardo: analizamos con la misma curiosidad ingenua como desarmábamos cuando niños el reloj de nuestro abuelo... para no saber reconstruir luego nada.

Líbrame, Señor, del análisis: él mata la instintividad de las acciones. Hazme claro y simplifícame. Dame la simplicidad que nos liberta de las limitaciones personales.

Sé que os amo, Señor. Sé que os amo porque os reconozco en lo más interno, oscuro y originario de mí; pero necesito descubriros asimismo en todas las almas, donde también debéis hallaros.

Para esto, avienta de mí el análisis; vuelve aformes mi juicio y mi sentimiento y deja que pueda en todo instante adaptarme a todas tus criaturas. La adaptación destruye el error de diferenciarse y determina la identificación, que es la larva del amor perfecto.

Analizando, Señor, nada sabe al fin tu humilde siervo. En el bien y el mal, acaso no haya sino la manifestación opuesta de tu Designio total en lo creado.

Analizando, Señor, los moralistas, doctos en orgullo, pretenden interpretarte, sin ver que fragmentan tu total Designio, que individualizan lo universal y apenas consiguen al fin erigir en ley el engendro de su ética. Poseen apenas un concepto humano del bien, un concepto humano del mal... y unas cuantas pasiones que gobiernan el juego.

Tiene razón Fray Bernardo, Señor. Son niños, los hombres, y siempre se quedan con las piezas sueltas del reloj entre las manos desencatadas o ineptas.

Has de hacerme, Señor, impersonal e ingenuo, identificado y humilde. Actuaré entonces sin concepto y con el corazón libre. No amaré en Ti a los hombres, como hoy me figuro amarlos; en ellos te amaré a Ti. Como los simples de Asís, tendré al Cristo vivo en mi alma simplificada. Habrás enviado así a tu siervo la Gracia; y como el aire en los tubos del órgano de nuestra iglesia, adaptado a todas tus formas, cantaré siempre la nota justa que te glorifique.

Aguinaldos

—He aquí una joya exquisita, miradla!...

El joyero Sulfot abrió un riquísimo estuche ante la vista de Jaime Miralta, el más rumboso, pero también el menos contentadizo de sus clientes.

—En efecto, en efecto,—exclamó éste, admirando francamente el artístico brazalete que en el fondo de la mullida cajetilla lucía.

Un suspiro de satisfacción ensanchó el pecho del viejo comerciante. No era poca fortuna terminar con provecho el negocio con aquel enojoso señor que le hacía dar vueltas y vueltas en torno de sus vitrinas para encontrar prenda de su gusto.

Ese día, víspera de Navidad, si por casualidad, si por el crecido número de compradores, el vendedor de joyas depuso su mal humor y, ¡cosa rara! gastó paciencia de patriarca para exponer gran parte de su valiosa mercancía, sin lograr complacer a Miralta. Inútil resultó su arte para hacer jugar la luz sobre las pulidas gemas y los finos esmaltes en pendientes, dijes y alfileres. Nada. La risa fulgúrea de los brillantes, el guiño rojo de los rubíes, las perlas, las amatistas con su enigmático tinte y los zafiros con su franco azul, todos por igual, sólo merecieron del comprador un gesto displicente y una respuesta que era a modo de un ritornello:

—Quiero algo mejor, Sr. Sulfot, quiero algo mejor, más genial, más raro, en fin, buscad, buscad. Yo aguardaré.

Ah! si el joyero hubiese sabido! Cuán disculpable habría encontrado su descontento. Miralta quería obsequiar a una bella y graciosa muchacha que hacía por entonces sus delicias. No era caso de enviar una bagatela! Ni con mucho!

Desesperaba ya el joyero cuando surgió en su mente el famoso brazalete guardado allá en los anaqueles de la trastienda, entre las mercancías de reserva. Sin regateo quedó hecho el negocio por sesenta libras.

Miralta encargó al joyero del envío de la joya a su destino, y después de entregar una fina cartulina con su nombre, y de encarecer las señas: «Rosina María, Calle 16, casa 10», dispúsose a dejar la tienda.

—Oye, papá, ¿no compras aguinaldos para mamá?,—dijo entonces una niña paliducha que le acompañaba, y en quien no había el joyero reparado.

—Ah! verdad, chinita, verdad,—exclamó Miralta volviendo al mostrador. —Sr. Sulfot, busque Ud. por ahí otras cosillas...

Ante la perspectiva de nueva venta, el joyero volvió gozoso a mostrar estuches y estuches indicando sus respectivos precios: cuarenta libras!, treinta... veinte... quince... diez...

El comprador hacía gestos negativos. El vendedor comprendió: El espléndido señor del brazalete tornábase ahora en humilde solicitante de joyas baratas. Las cajas forradas en terciopelo fueron reemplazadas por pequeñas vidrieras llenas con orfebrería de plata dorada. Una modesta pulsera obtuvo la preferencia. Concluído el nuevo negocio, Jaime Miralta, ya un tanto impacientado, despidióse no sin anotar las nuevas señas, «Luisa de Miralta, Calle 20, casa 12».

Entonces la chicuela paliducha, con viveza súbita, brillantes los ojos, acercóse al joyero y rápidamente murmuróle anhelante:

—Mande a mamá la más bonita, oyó? Aquélla, la de estuche rojo, aquélla...—Y la niña mostró el rico brazalete.

Sulfot enternecido miró a la chiquilla. Una querida mujer de cabeza blanca para quien él había querido también lo más bello, surgió en sus viejos recuerdos, y ante la santa visión, el joyero Sulfot que aquel día, cosa rara! estaba de buen humor, conscientemente cambió las direcciones...

LYDIA BOLENA.

La fuente

(Leyendo a CIANA VALDÉS ROIG).

Es su alma una fuente magnífica y sonora
en la que los sedientos amortiguan su sed,
y a cuyos frescos lados descansa el peregrino
que trae al hombro los fardos pesados del
[ayer.

Junto a ella hay cantores alegres e incansables
que lanzan sus gorgeos con aire decadente,
mientras que los viajeros refrescan su gar-
[ganta
con el agua que corre tranquila y reluciente.

El sudor del cansado peregrino que bebe
va desapareciendo; el loto lo adormece
y el musgo lo recibe con su caricia leve...

Los sentimientos se hacen humildes flore-
[cillas,
y el peregrino sigue bebiendo de la fuente
sobre el húmedo musgo que crece a las
[orillas.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 7—1—1923

Noticiario

(1923)

Nos llegan los 10 primeros números de *El Día*, San Salvador, diario de información y de cultura. Cumple, por cierto, con este lema. Son sus directores: Alberto Masferrer y Juan Ramón Uriarte, promesa y realidad de muy buenas cosas para el adelanto de los centroamericanos que lean *El Día*.

Se trata de esta obra:

UNE HISTOIRE DE LA LITTERATURE FRANCAISE CONTEMPORAINE. (De **1871** a nos jours). Par René Lalou. 1. vol. Les Editions G. Crés & Cie. París.

Al anunciárnoslo, Alfonso Reyes, juez competente, nos dice:

«Libro muy bueno, querido García Monge: hágale propaganda; será muy útil».

NUEVA REVISTA, quincenario de Educación y Letras, Ciencias, etc., de Buenos Aires, en el número del 15 de diciembre de 1922, reproduce, con el título de *Hojas dispersas*, algunas de las agudas notas que suele publicar don Elías Jiménez Rojas en su revista REPRODUCCIÓN.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

La escuela de mi hijo

POR BRUCE BARTON[1]

[Véase una imagen de lo que serían muchas de nuestras escuelas públicas cuando los maestros pudieran y quisieran entender y aplicar resuelta y sinceramente los Programas de Educación Primaria en vigencia, los concebidos por el señor Brenes Mesén con talento, clara visión del futuro y sentido amor de Patria].

DURANTE varias semanas había estado insistiendo mi hijito, de seis años, en que fuera yo a visitar su escuela. Esta petición me parecía muy extraordinaria. En mi tiempo, jamás tuve yo el deseo de que mis padres visitaran *mi* escuela. Aun después de tantos años recuerdo perfectamente la conmoción que se desarrollaba en la sala de clases cuando el papá de Joe o la mamá de Minnie venían a ver cómo la pasaban sus hijos. Los muchachos estiraban el pescuezo, reían por lo bajo y dejaban caer los libros. «Mira, mira, ahí está la mamá de Minnie», cuchicheábamos llenos de emoción. La pobre Minnie, roja y avergonzada, acudía a la llamada del maestro a sentarse a su lado, mientras a los demás muchachos nos hacían recitar las mejores lecciones para beneficio y aprobación de la perturbada madre.

No quiere decir esto, por supuesto, que fuera impropio el que un muchacho tuviera padres; no era que nos avergonzáramos de ello, pero los papás no encajaban bien en la escuela: eso es todo.

«Y bien, chico, ¿qué has aprendido hoy en la escuela?» nos preguntaban los papás de vez en cuando.

«Oh, no mucho», respondíamos de acuerdo con la fórmula aceptada. Y en seguida nuestros progenitores, cumplido su deber paternal, volvían a sus diarios de la tarde. Sentían tan poco deseo de imponerse la tarea de visitar la escuela, como lo teníamos nosotros de que lo hicieran. Con estos recuerdos todavía vívidos de mi juventud, no es extraño que me inspiraran recelos las insistentes invitaciones de mi hijo. Preguntábame si el chico era completamente normal. No sólo parecía asistir con gusto a la escuela (signo tradicional de salud delicada en un muchacho), sino que deseaba realmente que yo lo acompañara. Con sentimientos en que se mezclaban la duda y la admiración, consentí al cabo en la visita.

¿EN QUE CLASE DE COLEGIO SE HA EDUCADO EL LECTOR?

PERMÍTASEME aquí una ligera digresión, especificando que yo no poseo autoridad alguna para discutir teorías de educación. Soy francamente ignorante. Lo único que me alienta para escribir este artículo es la circunstancia de que la mayor parte del público que sostiene nuestras escuelas y colegios y envía allí a sus hijos parece encontrarse en igual condición. Y esto se aplica, no sólo a la gente que no piensa, sino también a quienes han pensado muchísimo. A decir verdad, parece casi que mientras más hubieran meditado el punto, más perplejos se encontraran acerca del gran problema de la educación actual en las escuelas y del rumbo que la educación debería seguir.

«Sabemos menos respecto de educación que de cualquier otro de los grandes ramos de la experiencia humana». El hombre que me hizo esta observación en cierta tertulia no era por cierto un bolchevista de salón ni un alarmista. Todo lo contrario: es uno de los tres o cuatro banqueros principales de la nación. Habiendo adquirido su propia educación en las escuelas nocturnas, tras la pesada labor del día, ha tomado vivo interés en la cuestión escolar, y mantiene en sus posesiones una escuela particular donde las nuevas ideas sobre educación tienen oportunidad de comprobar su valor. Le manifesté que mis hijos asistían a una escuela más o menos de análoga orientación.

«Eso estará bien durante los primeros años», replicó con cierto matiz de amargura; «pero si usted desea que ingresen a un colegio, encontrará que a los once o doce años tendrán que abandonar este sistema y conformarse a las regulaciones establecidas. Tendrán que seguir el programa acostumbrado; tendrán que atestarse de estudios convencionales. De lo contrario, no pasarán el examen de admisión.

«He descubierto este hecho con mi hija mayor,» continuó. «Sigue ahora el primer año de estudios en la universidad, y cada vez que recibo carta suya me provoca ir a buscarla y traérmela a casa. Están llenándole la cabeza con un montón de cosas que no le interesan, estudios que no tienen la menor aplicación en el mundo en que ha de vivir. ¡Qué sé yo si aquella maquinaria no destruirá toda partícula de individualidad que pueda poseer!»

He aquí otro ejemplo: cierto eminente periodista norteamericano, a quien preguntaban dónde se había educado, respondió: «Mi educación comenzó en las oficinas del *Plain Dealer*, de Cléveland, algunas semanas *después* de haber recibido el grado en Hárvard College». Explicó en seguida que su respuesta era algo más que un epigrama. Comprendía que toda su educación escolar y universitaria había consistido en una dieta de hechos previamente comentados, y la cual se le había administrado en un ambiente del todo artificial. Durante todos aquellos años no había tenido oportunidad de traducir en acción tales hechos o relacionarlos con el proceso del mundo exterior. Se le «preparaba para la vida» manteniéndole veintidós años alejado de la vida; y cuando, terminado el período universitario, concluyó bruscamente la enseñanza, se vió compelido a ingresar a la clase elemental y aprender el A B C de la existencia.

Cito estos dos ejemplos para demostrar que no soy el único en experimentar un sentimiento de vacío con respecto a la educación actual, a la par que una vasta proporción de ignorancia en lo que concierne a este asunto. Dichos ejemplos sirven también para establecer el contraste con lo que refiero a continuación. Se me había dicho que la escuela a que asiste mi hijo es diferente; que allí no se le prepara simplemente para la vida, sino que se le hace vivir la vida. La escuela es una sección del mundo, me habían asegurado, en vez de hallarse separada del mundo.

«Cuando los niños llegan a los seis años es que se marca el conflicto de los dos diferentes conceptos de la educación», dice el folleto que publica la escuela. «El antiguo concepto es que la vida se revela en los libros. Si este concepto es exacto, es natural que los niños aprendan a leer y escribir a los seis años; pero si el concepto moderno es el verdadero, lo lógico es que los niños continúen desarrollando el hábito de indagar, de descubrir las cosas por sí mismos. Y todavía más importante es que continúen aprendiendo a vivir con sus semejantes, que comparten impresiones con los otros».

Marqué con un lápiz este párrafo, puse el folleto en mi bolsillo y me entregué con mi hijo al diario pasatiempo de buscar su abrigo y su sombrero. «Trata de recordar dónde los dejaste». «Los dejé aquí en el vestíbulo». «Bueno; pero ahora no están aquí». «Entonces, alguien los ha quitado, porque yo los dejé en este sitio en el vestíbulo». Al cabo los trajo mi mujer, como de costumbre, y yo salí con el chico.

LA EDUCACION QUE YO HABIA RECIBIDO

LA escuela consiste en seis casas cuyo patio posterior se ha convertido en uno solo. Los edificios se han transformado para proveer salas de clase, gimnasio, laboratorios, taller de carpintería y oficinas de despacho; pero, a fuer de haber sido casas, tienen cierto ambiente doméstico. Observé que no se percibía el olor peculiar y usual de las escuelas, cárceles, asilos de indigentes y edificios municipales; tampoco existían los largos corredores resonantes ni se escuchaba el constante vibrar de los timbres eléctricos. Los corredores estaban llenos de muchachos dirigiéndose a los diversos departamentos; y cada uno de los chicos tenía un aire de atareada importancia que yo jamás había ob-

---

(1) BRUCE BARTON nació en Robbins, Tennessee, 5 de agosto de 1886; recibió su grado de bachiller en Amherst College, Amherst, Massachusetts, en 1907; ha sido director del *Home Herald* de Chicago, el *Houskeeper* de Minneapolis, Minnesota, y *Every Week* de Nueva York; es ahora presidente de la Barton, Dúrstine and Osborn Advertising Company, de Nueva York; es autor de: *The Resurrection of a Soul; More Power to You; The Making of George Groton; What Shall It Profit a Man? It's a Good Old World;* y otras obras.

servado en los niños. En mi tiempo no se acostumbraba entrar al edificio de la escuela sino unos veinte segundos antes de las nueve. Hasta esa hora los muchachos permanecían en el patio de la escuela y se divertían en luchar. Estos chicos, sin embargo, parecían ansiosos de comenzar sus labores en el interior.

—Ven a ver mis herramientas, papá,—me instó el chico. Me dirigí, por lo tanto, a examinar su banco de carpintero donde aparecía un barco en construcción. Luego, como era tiempo de que él entrara a clase, nos separamos, y fuí yo con una de las maestras a recorrer la escuela. Sin detenerme en descripción detallada, permitidme mencionar unas cuantas cosas que impresionaron mi atención, pequeñas escenas que, reunidas, dan idea del conjunto del panorama.

Unos doce chiquillos de tres años se divertían de varios modos en la azotea, principalmente resbalando por una tabla inclinada, mientras una de las maestras vigilaba el juego.

—No parece que usted les estorbara mucho,—dije a la maestra.

—¡Oh, no!—respondió ella, riendo.—No intervengo en sus juegos, a menos que sea en casos de intensa emoción o de injusticia social.

UN MILAGRO

La definición me dejó perplejo un momento; pero, observando a los muchachos, noté que un robusto chico, resbalándose en la tabla, golpeaba con sus pies la cabeza de otra rolliza chiquilla que le precedía en el deslizamiento.

—¿Cómo califica usted eso? — pregunté. —¿Se trata ahora de intensa emoción o de injusticia social?

—Esto es injusticia social,—replicó sonriente. Dió una palmada y, reuniendo a los niños en torno suyo, los arengó brevemente sobre el tema del comportamiento de Freddie hacia Mary. Los muchachos escucharon con gravedad de senadores. Cinco minutos más tarde, Louise, que escalaba una tabla para subirse encima de un cajón, sufrió un accidente. Resbaló la tabla, y ella cayó de plano sobre su estómago. Me dispuse a retirarme; adivinaba lo que iba a seguir. Indudablemente la maestra preguntaría a la niña: «¿Se ha golpeado la pobrecita su barriguita?» Y la chica lloraría a gritos hasta que la consolaran con algún privilegio especial. Pero me equivoqué en mis suposiciones.

—Louise,—dijo la maestra,—hay que ser valiente, una niña valiente. Los niños valientes ríen cuando se golpean.—Y Louise, chiquilla de tres años, después de un par de sollozos, enjugó sus lágrimas, sonriendo con patético pero triunfante esfuerzo. Reunió de nuevo la maestra a los niños en torno suyo, explicándoles que cuando uno se encarama arrastrándose sobre el estómago por una tabla inclinada, debe cuidar primero de que el extremo de la tabla se extienda a distancia segura sobre el margen del cajón que la sostiene. La expresión del semblante de los chicos era digna de estudio; podía descubrirse claramente cómo trabajaba su mente con la gran idea elemental de que los accidentes y magulladuras no sobrevienen por sí mismos, sino a causa de algo que nosotros hacemos o dejamos de hacer.

De la clase de niños de tres años pasé a la de cuatro años. No se encontraban éstos por el momento en la sala de estudio; habían salido a examinar un edificio cercano en construcción. Escuché cómo la maestra, con preguntas adecuadas, hizo que los chiquillos le dijeran la *razón* de que, si se quiere levantar un edificio, es necesario ante todo excavar el sitio; y de dónde vienen las piedras y el hierro, y los ladrillos y la madera. Había en el grupo una chiquilla que durante todo el año escolar apenas si había abierto la boca: una chica concentrada, que parecía un ratoncito, y cuya mente estaba aún tan envuelta y falta de uso como el día en que nació. Observaba yo su rostro mientras las preguntas y respuestas se cruzaban, y presencié un milagro. Vi cómo una mente comenzaba *por primera vez* a funcionar. Adelantóse tímidamente, y tirando del vestido a la maestra, exclamó: «Lo que yo quisiera saber es cómo los trajes van a las tiendas».

Quizá os parecerá esto un trivial ejemplo de curiosidad infantil, pero si os detenéis a pensar un momento comprenderéis su significación. Era una mentalidad de cuatro años que daba el primer paso en la vía que conduce al progreso continuo. A los cuatro años llegaba aquella niña, por su propio esfuerzo, al gran descubrimiento de que todo hecho en la vida tiene una causa; que solamente es posible comprender la vida razonando *retrospectivamente* hasta el *por qué* de las cosas. Este descubrimiento *representa* una educación; una vez percibido, la mente lo

desarrolla con su propio poder. Yo llegué a este descubrimiento cuando había cumplido más de veinte años; esta personita lo hizo aquella mañana, ante mis ojos, a la madura edad de cuatro años.

APRENDIZAJE POR EXPERIENCIA

Pasamos al laboratorio científico, y encontré allí una clase de niños de diez años observando atentamente mientras uno de ellos ponía en práctica sus propias ideas acerca del alumbrado eléctrico. El día anterior la maestra había ayudado a los muchachos a tender dos alambres de cobre y colocar pequeñas bombas eléctricas. Cuando la instalación estuvo lista, los niños hicieron girar el conmutador y las lámparas se encendieron. Pero uno de los chicos no estaba satisfecho. No comprendía por qué fueran necesarios dos alambres; pensaba que el resultado podía obtenerse del mismo modo con uno solo. Por consiguiente, reunió ambos alambres, conectó las bombas con uno de los extremos y puso en juego el conmutador, pero nada sucedió. Llegamos en el momento en que la clase meditaba *por qué* no había sucedido nada, y sacaba la conclusión de que la electricidad necesita un alambre para venir y otro para retirarse.

La primera vez que yo penetré en un laboratorio fué en el tercer año de instrucción media; hasta entonces mi educación había consistido enteramente en libros. Mi hijo, en cambio, va todos los jueves por la mañana a ponerse en relación con la ciencia, y espera ansiosamente este día durante toda la semana. No hace mucho que hice con él un viaje por mar, y el chico me llevó al cuarto de la telegrafía inalámbrica y me explicó el proceso.

—Tengo que contarle a Mr. Míxter que he visto los aparatos inalámbricos,—me dijo.

—¿Quién es Mr. Míxter?—pregunté.

—Es el maestro de ciencias. Estamos instalando un aparato inalámbrico en la escuela.

Visité en seguida el taller donde niños y niñas hacían objetos con sus propias manos. Mi primera experiencia en un taller fué cuando estaba yo en mi primer año de instrucción media. El curso de trabajo manual fué el único que no pasé en la Escuela superior. Mis manos eran tan torpes como los pies de que hace uso para reemplazar las suyas el hombre sin brazos del circo; y hasta ahora lo son, a decir verdad.

Entramos al gimnasio, donde se enseñaba a una clase de niños y niñas el baile rítmico. No sé si el baile rítmico contribuirá a que los miembros de dicha clase sean capaces de ganar diez y ocho dólares en vez de quince por semana. Pero observé a la muchacha que había estado buscando: la chica desgarbada, de crecimiento rápido, que se encuentra en toda escuela; y mientras la miraba moverse pesadamente en torno de la sala, inclinándose a derecha e izquierda, me sentía incitado a decir: «Persevera en tus esfuerzos, criatura; te ahorrarás muchas horas amargas en los años venideros si llegas a dominar tu desgarbado cuerpo y enseñarle flexibilidad y gracia».

En otra clase escuchamos a los niños leer con admirable comprensión y expresión. Vimos los mapas que habían dibujado: no mapas reproducidos de memoria de las páginas de algún libro de geografía, sino mapas dibujados con propósito especial, mapas que indicaban los viajes de ciertos héroes de los libros que habían leído. Era diagramas verdaderamente admirables: reproducían casas y árboles y animales de diversos países; las rutas marítimas estaban indicadas con el diseño de los buques en que el héroe había viajado. Cada mapa pintaba una sección de dos continentes. No eran un dibujo simple de la línea de la costa; eran cuadros del mundo conforme lo recorren y lo usan sus habitantes.

Recordé la geografía como yo la estudiaba:

«¿Cuál es la capital de Brasil?»

«¿Cuáles son los límites de Louisiana?»

«Nombre los ríos de la América del Sur... Los productos principales de Ceilán».

«¿Qué clase de gente son los franceses?» —Respuesta: «Los franceses son un pueblo valeroso, un pueblo aficionado al vino y al placer—».

Dudo que mi hijo hubiera podido dar la respuesta convencional a cualquiera de estas preguntas. No sabe los nombres de los ríos de la América del Sur, pero lo que sabe del Hudson River y del East River es realmente asombroso. Los ha estudiado con los demás muchachos de su clase desde lo alto de la torre del Metropolitan. Ha visitado los muelles y ha visto los grandes barcos que llegan cargados de productos; ha seguido al mercado estos productos y ha visto cómo los transportan en camiones y los descargan en tiendas y casas. A espaldas de la escuela hay un río en miniatura, cuyas márgenes se han construido de concreto. En el centro hay una compuerta para levantar los barcos; a lo largo de las márgenes hay muelles donde los barcos reciben y dejan carga. Mi hijo ignora por completo un montón de nombres que a mí me entornillaron en la cabeza y que he olvidado del todo; pero es un compañero extremadamente interesante en una travesía alrededor de Nueva York. Y espero que jamás llegue a descubrir que su padre, a quien por muchos años atestaron el cerebro con hechos geográficos, nunca aprendió realmente nada de la geografía de los Estados Unidos hasta que comenzó a viajar y estudiar los mapas ferroviarios; ni que el viejo de veinticuatro años que desembarcó una noche en Nueva York tenía tan escaso conocimiento de la disposición del lugar, que creía que Jérsey City y Brooklyn se encontraban en la misma sección de territorio.

En el corredor de la escuela tropecé con un chiquillo de tres años que acarreaba una pequeña silla a la cual faltaba una pata. Llegó a la puerta al extremo del pasillo, y, como no era suficientemente alto para alcanzar la manecilla, se volvió hacia mí.

—¿Puede usted hacerme el favor de abrir la puerta?—me dijo con el mayor aplomo.

Cumplí con su petición. Algunos minutos más tarde, la puerta se abría de nuevo desde el interior, y el chico salió con la silla, ahora enteramente equipada con sus cuatro patas. El muchacho de tres años la trajo a los de nueve que trabajaban en el taller, y éstos la habían reparado.

OBSERVACIONES DEL MAESTRO DE IMPRENTA

Sobre esta base funciona la escuela. Es un mundo en pequeño. Los niños de ocho años compran los materiales y los venden a las otras clases. De esta manera aprenden aritmética, no como tarea monótona expresada en libros, sino como una de las formas de la organización de la vida. De esta manera han obtenido para su clase una utilidad de seis dólares más o menos, que se han depositado en la caja de fondos, y que se gastarán o invertirán cuando la clase haya discutido el asunto y tomado una decisión. Los muchachos de nueve y diez años hacen tra-

bajo de cajistas e imprimen programas para los de siete y ocho años, quienes pagan dicha labor. Las diversas clases preparan por turno los almuerzos de la escuela. Mi hijo explicaba a nuestra cocinera la semana pasada la receta para hacer bollos de maíz. «Le he dicho», nos manifestó, «que, como la familia es grande, debe poner doble cantidad».

Nada se hace en la escuela como labor independiente o aislada. Todo se aprende en relación con la vida real. Los chiquillos no aprenden a leer porque la lectura representa uno de los deberes prescritos, sino porque desean usar de este medio para conocer algo más acerca de ciertos personajes cuyas aventuras les interesan. Aprenden aritmética porque es esencial para el manejo de la tienda y del taller de imprenta; aprenden geografía siguiendo el proceso de los viajes a través del mundo, y haciendo uso de sus recursos. La ciencia no es un haz de fórmulas y de reglas; es el conjunto de las interesantes leyes a favor de las cuales brillan luces y funcionan teléfonos, y se ha hecho el agua, y la tierra misma se ha formado y ahondado por los ríos. El aprendizaje entero está lleno de emociones; y yo mismo, hombre viejo y endurecido, con los recuerdos de mis pesados tiempos de escuela incrustados en la mente, me sorprendí de permanecer allí interesado hora tras hora. Casi deseaba tener tres años y comenzar de nuevo mi educación en esta forma.

Aquellos chicos eran felices, todos ellos, y se mantenían siempre en curiosa expectativa. Esto fué lo primero que atrajo mi atención. Hacían abstracción completa de sí mismos, circunstancia igualmente admirable. Eran corteses, pero dignos y francos, cual corresponde a personas ocupadas y conscientes de la importancia de su labor.

Finalmente, tenían maravillosa confianza en sí mismos. Desde el principio se les había estimulado a creer que podían desempeñar cualquiera ocupación. *Todos* fabricaban objetos con sus propias manos; *todos* cantaban; *todos* escribían; *todos* pronunciaban discursos en las asambleas de la escuela; *todos* cocinaban, y modelaban arcilla y pintaban. Cuando contrataron a un maestro de impresión expresó éste serias dudas de que niños de nueve y diez años pudieran hacer de cajistas y manejar la prensa; pero los niños le asombraron. No solamente aprendieron a disponer los tipos de imprenta y a manejar la prensa; fueron al laboratorio e indujeron al maestro de ciencias a que les enseñara a hacer tinta negra, roja y azul.

«Me han hecho concebir nuevas ideas acerca de la capacidad de un niño,—declaró el maestro de imprenta. —Creo que menospreciamos de continuo las facultades de los seres humanos; nuestro entero sistema educativo consiste en una serie de represiones. Estos chiquillos se atreven a todo; nunca se les ha enseñado que hay cosas más allá de sus facultades, cosas que sólo los adultos o las personas excepcionalmente dotadas pueden intentar. Están familiarizados con el hábito de lograr lo que se proponen, y esto constituye quizá el elemento principal del buen éxito».

Naturalmente, esta escuela es una escuela particular. Las clases son poco numerosas, y la inteligencia de los maestros es muy elevada. Como experimento es altamente interesante; pero si los beneficios se limitan a un puñado de niños, el resultado no asume especial importancia. La gran masa de niños asiste a las escuelas públicas, y allí es donde reside nuestro verdadero problema educativo. Propuse el asunto al director de la escuela.

—¿Hasta qué punto sería este sistema aplicable a las escuelas públicas?—pregunté. —¿Es práctico? Necesitaríamos mucho mayor número de maestros, y maestros mucho mejor pagados. Y equipo muy superior.

—Necesitaríamos todo eso,—replicó.—Mas, ¿por qué no habríamos de tenerlo? ¿Por qué no habríamos de gastar en escuelas tanto dinero como hemos gastado en la guerra? ¿Hay, acaso, algo más importante? ¿Por qué han de ser nuestras escuelas públicas inmensas, desnudas y feas colmenas? ¿Por qué no podríamos trabajar con pequeñas unidades, con escuelas de barrios, reproduciendo la atmósfera del hogar y admitiendo cien niños en cada una en vez de recibir quinientos o mil? ¿Por qué no ha de ser el maestro de la escuela pública el individuo mejor preparado de la comunidad y recibir una remuneración conmensurada con la que recibe cualquier hombre o mujer que ejerce una profesión? ¿Por qué no habrían de tener los maestros una preparación general que los hiciera idóneos para conducir su clase como un mundo en pequeño relacionando todos los estudios directamente con la vida, puesto que su preparación les habría dado amplios conocimientos y práctica de la vida?

—¿Por qué no habría de ser así?—repliqué. Esta respuesta no solucionaba en manera alguna el asunto, pero no se me ocurrió otra cosa que decir.

EL CASO DE LINCOLN

Generalmente decimos que en los Estados Unidos la educación comienza en la pequeña escuela pintada de rojo, pero creo estar en lo cierto afirmando que efectivamente comienza en la universidad. Cuando apenas habían tenido tiempo de instalarse, a raíz de su desembarco en Plymouth Rock, los padres peregrinos fundaron Hárvard College con el propósito definido de propender a la educación de un clero ilustrado. La pequeña escuela pintada de rojo y los liceos vinieron más tarde: peldaños inferiores labrados en conformidad con los superiores y destinados a facilitar el acceso a la educación académica. El deber de la pequeña escuela pintada de rojo era imbuir en la mente del estudiante ciertos hechos y fórmulas que le prepararan para el pequeño liceo pintado de rojo. Allí se adquiriría el conocimiento de otros hechos, unido al de las lenguas antiguas y a fragmentos de viejas filosofías, para que los jóvenes fueran admitidos en la universidad. Y en la universidad se preparaba al estudiante para la alta vocación de ministro de la iglesia. De suerte que el sistema entero se había construido en sentido *descendente*, comenzando en lo alto, en vez de edificarse en sentido *ascendente*, principiando por los cimientos, consistiendo sus funciones en preparar hombres para el servicio eclesiástico, guías que debían conducir a un mundo diferente y superior a aquel en el cual vivimos.

Los tiempos han cambiado: el noventa por ciento de los graduandos de universidad no siguen ya la carrera eclesiástica; abandonan los estudios para ingresar al mundo de los negocios. Naturalmente las escuelas y colegios han cambiado en cierto modo; pero la cuestión es: ¿han cambiado lo suficiente? El sistema que ahora prevalece, ¿no es más o menos el mismo que prevalecía en otro tiem-

po? Aquel sistema funcionaba bastante bien cuando se trataba de preparar a los hombres como guías hacia un mundo mejor, pero, ¿cuáles son sus efectos como preparación para una actividad productiva en el presente?

El proceso de adaptación es penoso, a tal extremo que se requieren ahora grandes esfuerzos para organizar una oficina general de empleo entre las universidades para obtener trabajo a los graduandos. ¿No es asombroso que sea necesario instar al mundo para que ocupe a hombres y mujeres que durante veintidós años han recibido una educación que se supone extremadamente valiosa para el mundo? ¿Por qué es que las únicas clases para quienes la comunidad necesita proveer oficinas de empleo son la de soldados inválidos y la de universitarios? A todas luces, el hombre que sólo posee un brazo necesita ayuda especial para conseguir trabajo. Pero, ¿no es depresivo para nuestro sistema de educación que individuos que tienen sus dos brazos, *plus* cuatro u ocho años de estudios especiales necesiten que alguien inste al mundo para que les dé ocupación? Si todas las escuelas y colegios que ahora existen desaparecieran de improviso de la noche a la mañana, y tuviéramos que formular sin precedente ni prejuicio alguno un sistema escolar que hiciera hombres y mujeres idóneos para triunfar en la vida, dadas las actuales condiciones del mundo industrial, ¿seguiría este sistema líneas análogas a las de aquel que nos ha sido trasmitido?

He aquí otra cuestión que ha estado revolviéndose en mi mente por algún tiempo: Si Abraham Lincoln hubiera asistido a la universidad, ¿habría, por ventura, llegado a ser presidente de los Estados Unidos? Lo dudo. Habría aprendido que los caballeros no usan guardapolvos de lino, ni interrumpen serias reuniones de negocios refiriendo un chiste. Esto no se acostumbra. Habría obtenido su grado pensando, hablando y asumiendo continente igual al de los otros ciento tres miembros de la clase de graduandos. Habría llegado a ser un próspero y eficiente miembro del cuerpo de abogados, pero no habría sido nunca nuestro «Padre Abraham». Expresaba algunas de estas opiniones a uno de nuestros viejos estadistas que ha tenido vasta experiencia en Washington.

—Paréceme a veces que todas las personalidades interesantes de otro tiempo estuvieran desapareciendo del mundo,—observé,—y que no florecieran otras nuevas para reemplazarlas. ¿Dónde están los Cháuncey Depews y los Tío Joe Cannons de nuestra generación? ¿Dónde están los hombres que hacían del senado de antaño un lugar de reunión de personalidades tan vigorosas? El senado y la cámara de diputados cuentan número mucho mayor de miembros que en que en otro tiempo, pero tienen un ambiente opaco, gris y monótono. ¿Obedece esto a que yo haya envejecido tanto que los senadores no me inspiran ya reverencia? ¿O hay algo de cierto en la sospecha de que no producimos ya *personalidades* vigorosas, extraordinarias?—

El estadista lanzó una vehemente exclamación. —De esto tiene la culpa...el sistema de educación,—murmuró.—Los viejos crecían en sus haciendas; vivían aislados mucho tiempo y tenían que pensar por sí mismos; estaban obligados a fabricar cuanto usaban, y eso les daba plena confianza en su capacidad para emprenderlo todo y hacerlo todo. Tenían nociones propias sobre la vida, y las expresaban con vigor. Pero esto pertenece al pasado. Ahora, desde que un chico tiene cinco años hasta que llega a los veinticinco, se le encierra en la chaqueta ajustada y se le alimenta con cuchara. El hombre de la pasada generación era hecho a mano; el hombre educado de nuestros días es un producto mecánico; tiene una brillante y seductora apariencia, pero está cortado en líneas tan semejantes a las de los otros como un par de automóviles de Ford.—

El decano de cierta universidad, que se hallaba cerca de nosotros, intervino en este momento: —Creo que me sería muy fácil probar a ustedes que sin los Fords la vida moderna carecería de muchas ventajas,—arguyó.

Desde luego, hay mucho de verdad en esto. Y probablemente no deberíamos esperar de nuestras instituciones educativas otra cosa que un producto artificial; quizá si la mejor manera de deslizarse en la vida sea identificarse con todos los demás, no hacer nada diferente, no pensar sino ideas trazadas de antemano. Muchas personas respetables lo creen así indudablemente; hacen ingresar a sus hijos a escuelas preparatorias de gran tono y en universidades socialmente reconocidas. Virtualmente dicen a sus hijos: «El elemento del azar no entra en tu carrera, hijo mío; no hay sorpresas, no hay grietas en la valla a través de las cuales pudieras escapar en alguna nueva o inesperada dirección. He aquí el cuadro de lo que serás a los diez, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta años. Tendrás apariencia exactamente a la de todos los demás niños de nuestro grupo social, pensarás como ellos, actuarás como ellos. Nosotros, tus padres, que hemos pasado por idéntico proceso y estamos perfectamente satisfechos con nosotros mismos, hemos procurado cuidadosamente que así sea».

La escuela a que asiste mi hijo toma, hasta donde yo puedo comprenderlo, diferente punto de vista. Asume que el Todopoderoso ha puesto en cada niño una pequeña chispa de individualidad, y que esta chispa representa por lo común el don más precioso en el universo. Cuida no solamente de que esta chispa no llegue a extinguirse en el proceso de la educación, sino que la alimenta para que se convierta en llama. Este sistema no sólo representa, a mi entender, un concepto más reverente de la educación, sino que la hace al mismo tiempo más interesante. No deseo yo que mi hijo se me parezca (¡Dios nos libre!) ni que piense como yo, ni viva la vida restringida, estrecha y mezquina que yo he llevado. No quiero que siga los negocios que yo he seguido, ni quiero influir en manera alguna en la elección de su carrera. Ya tenga el don de predicador o de salteador de trenes, deseo que saque el mayor provecho posible de sus dotes. Y creo que tal es el propósito de su escuela.

VIVIR LA VIDA

Hace algunos años había un caballero llamado Amos Bronson Alcott que tenía varias hijas muy interesantes. Una de ellas escribió *Little Women* (Mujercitas). Alcott era maestro de escuela hasta que sus padres y la junta directiva de la escuela protestaron contra sus ideas modernistas y le quitaron el puesto. Antes de que el hacha cayera, sin embargo, había cambiado las cosas en forma considerable. Hizo abstracción de libros de texto añejos y de la mayor parte de las ideas aceptadas respecto de la disciplina. Decoró bellamente las salas de estudio.

«Además de las estatuas y cuadros de la sala de clase, agregué hoy una hermosa escultura representando el Silencio», escribía. «Eso me ayudará a mantener la disciplina... He pedido a Inglaterra ejemplares de *The Pilgrim's Progress* (El progreso del peregrino) y de *The Faerie Queene* (La reina de las hadas), porque no ha sido posible conseguir en Boston ediciones de lujo... Con excepción de mi escuela, no sé que en parte alguna de los Estados Unidos se haya dedicado especial atención a la cultura de la imaginación; rara vez oigo hablar de la importancia de este punto. Y, sin embargo, si hay hecho alguno reconocido por la historia, es el de que la imaginación ha sido el impulso que guía a la sociedad».

Alcott usaba una frase que hacía rechinar los dientes a los tradicionalistas. «El verda-

dero maestro», decía, «debe precaver a sus discípulos contra su influencia personal». En otras palabras, no corresponde al maestro el recrear con su espléndida imagen a los discípulos, sino, por el contrario, estimular a los alumnos para que den plena expresión de su propia individualidad y facultades. Esto representaba una herejía en aquellos tiempos; quizá si todavía lo parece, pero es la herejía en que se basa la escuela de mi hijo. Llevando este ideal a la práctica, la escuela ha reproducido con bastante exactitud las condiciones en que se formaron los interesantes personajes del pasado. Los viejos ciudadanos trabajaban en el campo o en industrias particulares que se ejercían en el hogar doméstico. La lectura y escritura que aprendían en la escuela eran sólo parte de la educación; la parte mayor y más importante se desarrollaba en el hogar, combinando la educación manual y la intelectual bajo condiciones que exigían el máximum de confianza e iniciativas propias. La educación era bastante deficiente en cuanto a libros se refería; mas, sea cual fuere su carencia a este respecto, poseían el vigor y la iniciativa para emprender y realizar. Y el paso de la escuela a la vida no era brusco: habían vivido todo el tiempo.

UNA PARTIDA INTERESANTE

En esta forma, las dos filosofías de la educación toman diversa actitud. La filosofía tradicional se apodera del niño de seis años y le dice: «Siéntate en esta silla y aprende estos hechos. Los necesitarán más tarde cuando entres en la vida». Y la filosofía moderna dice: «Has entrado ya en la vida. He aquí el mundo, tu mundo. Es un mundo diferente del que posee cada ser humano, porque tu eres diferente de todos los demás seres humanos que viven o han vivido. Cada efecto que se produce tiene una causa que lo produce. Te ayudaremos a conocer algo respecto de las causas, y en seguida tú puedes proceder a producir algunos efectos. Es una partida interesante; desempeña tu papel».

La división de los hombres en educados e ineducados, e eruditos e ignorantes, me ha parecido siempre obedecer a una falsa distinción. La verdadera distinción entre los seres humanos reside en que sean interesantes o carezcan de interés. Lincoln no era erudito, pero sí inmensamente interesante e inspirador; muchos profesores son eminentemente sabios, pero particularmente soporíferos. Creo que mi hijo ignorará quizá a los veintidós años hechos concernientes a los principales productos del Brasil o a las contiendas de güelfos y gibelinos; pero es desde ahora un ser humano extremadamente interesante.

A decir verdad, como no sabe todavía leer, me veo compelido a admitir que él es mucho más interesante para mí de lo que yo soy para él, a despecho de todos los libros de mi biblioteca.

(*Inter-América* Nueva York).

Cabos sueltos

Y parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».—Mateo 1:21.

Mil novecientos veintidós años hace esta noche, una joven madre judía, impelida por las congojas del parto y arrojada de otras puertas, encuentra amparo en un establo. Allí nació un bello niño, redondo, cuya cabeza rubia irradió la luz que se ha esparcido —tan lentamente—en este mundo oscuro.

* *

¿Cuánto ha avanzado el cristianismo hacia la realización?

«Este es mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado». —Juan 15:12.

Mirad a Europa, a Rusia, Francia, Alemania, Polonia, Italia, Grecia, todas las naciones «cristianas». Mil novecientos años han pasado y este mandamiento no es obedecido.

Cristo no dijo: «Este es uno de MUCHOS mandamientos» «Este es MI MANDAMIENTO», fué lo que él dijo.—

Cómo se le obedece? Los hombres se oprimen los unos a los otros, se matan los unos a los otros, se engañan y se roban los unos a los otros; ¿pero se aman los unos a los otros? NO.

* *

«No hay siervo ni libre; sino Cristo es todo en todo». Unos pocos en este mundo tienen demasiado y se apegan con desesperada codicia. Cientos de millones tienen muy poco, o no tienen nada y son los esclavos y sirvientes sumisos de los que tienen. En verdad que sus cuerpos no son propiedad y esto es peor para muchos de ellos. De ser propiedad ellos serían alimentados.

Leed esa última cita y pensad en las manadas de mujeres y niños ambulantes, hambrientos y sin hogar, que hay en el Oriente.

* *

Estas son las más bellas y sugestivas palabras de Cristo y tiene un corazón duro aquel que puede leerlas sin profundo sentimiento:

«Y cualquiera que recibiere un tal niño en mi nombre, a mí recibe.

«Y cualquiera que ofendiere a alguno de estos pequeños, que creen en mí, mejor sería que le fuera colgada del cuello una piedra de molino de asno, y que fuese anegado en el profundo de la mar».

Todos los miembros de la Corte Suprema, nítidamente vestidos de seda, han leído esto. Pero se pone delante de ellos una ley que protege a los niños del trabajo en los molinos y en las minas, trabajo que les impide el desarrollo y los mata, y la resolución es: «Retiradla, es inconstitucional. Volved con una ley mejor».

¿Se lavó Pilatos las manos más elegantemente?

La Corte está limitada por la constitución, ¿y no la DEJARIA la constitución intervenir para proteger a los niños? Por supuesto, y la Corte y la Constitución NO están limitadas por esta advertencia: «tened cuidado de no despreciar a uno de estos pequeñitos».

En cualquier ciudad grande puedes comprar uno de los «pequeñitos» en un asilo de huérfanos, o a una madre desgraciada, por la décima parte del precio de un perrillo.

* *

«Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la ejecutan.»

Conoces la raza a la cual pertenecieron la madre de Cristo y sus hermanos. Anuncia la «Asociación Cristiana de jóvenes» que «se considera imprudente admitir miembros judíos en más de un siete por ciento.»

¿Cómo impresionaría ese porcentaje al fundador del Cristianismo? En su niñez y juventud sus compañeros de juego y amigos fueron el ciento por ciento de judíos.

Su madre ambuló, buscando vanamente abrigo, hasta que lo encontró en un establo. Si volviere hoy, a causa de su descendencia judía, se le diría en muchos altamente «respetables hoteles»: «No admitimos judíos».

* *

La faz bella y misericordiosa de Cristo ha sido imaginada y pintada de muchos modos por Leonardo, la más bella de todas en «La Ultima Cena», el magnífico fresco medio destruido por los caballos belicosos de Napoleón—colocados con sus patas traseras contra el muro del refectorio de los monjes.

Pero cuando imaginas a Cristo volviendo después de 1900 años a encontrar el mundo como está, pensais en él tal como Alberto Durero lo pintó, austero, implacable, con la corona de espinas apretada sobre la frente, y en los ojos relámpagos de ira.

«De cierto os digo, que los publicanos y las rameras os van delante al reino de Dios». «Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creístes; y los publicanos y las rameras le creyeron.»

* *

Si esas enseñanzas y advertencias se tomaran seriamente por los que tienen dinero y poder, cuántas cosas cambiarían en esta tierra!

Pero el cristianismo es joven. ¿Qué son 1900 años para este planeta, que sabemos tiene ya cientos de millones de años de edad, y está destinado a durar—excepto una colisión inter-estelar—otros cientos de millones de años?

El mundo mejora lentamente. Las mujeres no son propiedad animal, compradas y vendidas, excepto en lugares fuera de la civilización. Los niños no son echados legalmente al nacer, a que los devoren los

perros, ni mantenidos como esclavos, mutilados quizá ingeniosamente para hacer de ellos mendigos provechosos.

El noventa por ciento de los hombres son puramente egoístas, ignorantes en extremo, convencidos de que pueden comprar la salvación o retardarla a un día lejano, así como retardan la «lectura pesada». Pero el diez por ciento, o al menos el UNO por ciento, toma seriamente las enseñanzas del Espíritu Divino nacido hace 1922 años.

Y esas enseñanzas, ese mandamiento, «Amaos los unos a los otros», será la ley del mundo, un día, sin Corte Suprema que la llame inconstitucional.

ARTURO BRISBANE.

(Trad. del *New York American* para REPERTORIO AMERICANO).

Eva

Descompusieron su ritmo
los luceros centinelas,
dejaron caer sus lanzas
al verle con la culebra,
gritaron despavoridos,
¡Eva! ¡Eva!

Lucifer te traicionaba
en medio de las estrellas;
las demás te fueron fieles,
no te sirvió que lo fueran;
desde entonces ya no cantan,
¡Eva! ¡Eva!

El mar donde se miraban
de oirlas gritar se encrespa,
se retuerce, salta, ruge,
se hace espumas en la arena
clamando desde el abismo,
¡Eva! ¡Eva!

El viento que lo escuchaba
las fuertes ramas menea;
las hojas por ti lloraron
desmayándose en la tierra;
hasta el polvo se conmueve,
¡Eva! ¡Eva!

Golondrina hacía nido,
gorrión picaba cerezas,
alondra andaba volando
cantando canción que alegra:
todo se quedó en suspenso,
¡Eva! ¡Eva!

Nido de la golondrina
si lo miras da tristeza;
el gorrión que pica fruta
es blanco de aleve flecha;
todo cantar lleva lágrimas,
¡Eva! Eva!

¡Por inocente ignorante,
pobre madrecita nuestra!
¡Sorda, sorda que no oíste
sino música muy cerca;
sorda, sorda que no oyes,
¡Eva! ¡Eva!

Esta noche, ahora mismo,
gritan, gritan las estrellas,
los mares se despedazan,
el viento tiene mil lenguas,
todo te da voz de alarma,
¡Eva! ¡Eva!

Esta noche, ahora mismo,
¡quién pudiera hacer que oyeras!
todo nido es una lástima,
toda dulzura envenena,
toda canción es un llanto,
¡Eva! ¡Eva!

En el patio de tu casa,
en la calle, en la alameda,
en los compases del baile,
en lo más leve que piensas,
aquí, allá, en todas partes,
¡la culebra!

En el ocio, en el empleo,
acechando tus pobrezas,
dentro de tu propia carne,
en la idea y la materia,
aquí, allá, en todas partes,
¡la culebra!

Ni el regazo de tu madre
ese enemigo respeta;
ni a los brazos de tu padre
que les tenga miedo creas:
¡madre y padre son a veces
la culebra!

Tu nombre de boca en boca
es una risa, una mueca;
quejido en los hospitales,
chascarrillo en las tabernas...
Tú sigues charla que charla,
¡Eva! ¡Eva!

SALOMÓN DE LA SELVA

México, 1923

Nota bibliográfica

PARA LOS GORRIONES.—Por RUBÉN COTO
(Edic. del Sr. GARCÍA MONGE—1922).

MÁS que para los gorriones, el libro es para quienes piensan y sienten percibiendo sobre sus cabezas la irradiación augusta de *lo bello*. En verdad, para apreciar el jugo que contienen estos poemitas, hay que ser como los gorriones que trinan en los naranjos floridos, embriagados por el perfume de los azahares cándidos.

Dice Renán en su «Plegaria sobre la Acrópolis» que se escribe la vida de los dioses «para hacer amar lo divino que hubo en ellos, y para demostrar que eso divino vive aún y vivirá eternamente en el corazón de la humanidad». Imitándolo, podemos decir, ahora, que «Para los gorriones» es un conjunto de escritos sobre la vida de las cosas, para hacer amar lo bello que hubo en ellas, y para demostrar que éso bello vive aún y vivirá eternamente en el corazón de los que aprecian y miran, sereno y puramente, el fulgor diluído en el alma inquieta y humilde de las cosas.

Pasar la vista sobre las hojas de tal libro, es como mirar las verdes hojas de la hierba, en la mañana, cuando sobre las cimbreantes gotas de rocío se quiebran los rayos del sol y se deshacen en una gama de colores.

Perfectamente vemos la viejecita aquella, que «con la sombrilla caída con abandono en el hombro, salió con paso rítmico y se internó en el jardín modulando una antigua canción de amor, indiferente a las miradas de los circunstantes que la observaban con alguna discreción». Más adelante, después de leer «Junto a una piedra», nos quedamos pensando «en donde, por ventura, hallará el espíritu el milagroso búcaro de agua fresca que anhela para resurgir también».

El autor, amablemente, nos va comunicando sus nobles confidencias: «He pensado asimismo en los otros muchos vasos que pasan por la vida soñando siempre sustentar solícitos alguna flor; pero la flor no llega, no viene, no viene nunca»... «Miro al porvenir y descubro un mañana próximo en que, marchita por el tiempo, mi frente se ornará aún con sencillas campánulas de ensueño». Por esto, puede tenerse una idea del libro. Sobresalen: Las guarias, La onda, El grillo, Espinas, Optica de ocho años, Una mariposa, La barca. Todos, como resplandecientes apariciones llegan a las pupilas, y cual divina caravana toman camino hacia lo íntimo...

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 16—XI—1922

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica